

HERMANO ANDRÉS SABELLA

El hombre más

Aprendió a nadar en todas las aguas desde niño. Nació dos veces: desde el vientre de su madre y desde el fétetro de su madre, que se acostó en él cuando el niño Andrés tenía siete años. Descendió entonces a una casa llena de vejez, mimado por dos tías adorables pero muy viejas. Para subir al cielo se fabricó una atalaya en la punta de la casa, para contemplar el mar desde todos los crepúsculos, para empezar a sentir que después de cada noche los poetas descubren el sol.

Andrés Sabella creció entre piedras preciosas y diamantes y aquel brillo se encendió en sus ojos y en sus manos que prendían la tierra seca del norte. Y agua brotaba de ella a través de sus poemas queridos. Su padre era un joyero de abultada fama en Antofagasta, cuyo mayor tesoro era el recuerdo de haber doblado las campanas del templo de Jerusalén con sus propias manos morenas.

Las hélices de barco que Frank Dee, un marino errante, le pinchó a Sabella en el brazo a los catorce años nunca dejaron de impulsarlo por la vida a pesar de las borrascas y los desencantos. El deseo siempre se mantuvo vivo en el Poeta del Norte: deseó la paz, deseó la poesía, deseó el amor, deseó a Cristo, deseó el mar, deseó el

A la una de la madrugada del sábado 26 de agosto interrumpió el zafarrancho, se paró sobre su silla, alzó la copa y prometió que sería la última botella de vino que sorbería. Presumiblemente una hora y media después, en su cuarto de hotel iquiqueño, el Poeta del norte cumplió su promesa.

vino, deseó a las mujeres, deseó a la sabiduría, deseó los sueños, deseó a las gaviotas, deseó a los seres humanos.

Chatito, la cabeza le nacía directamente desde el tronco, su gruesa panza había recogido varios zafarranchos no sólo desde que se integrara a la Hermandad de la Costa en 1956, sino desde que se zambulló en el huracán del barrio chino de la calle Bandera de los años 30. No hace mucho había perdido un ojo y, aunque un vidrio ocultaba el vacío, su disfraz de pirata lucía más real cuando se colgaba el parche en la cara. Y declaraba a popa y estribor: "Con gusto me cortaría la pierna derecha para tener una pata de palo".

Andrés Sabella tenía 78 años y había llegado a ser un hombre puro. Así lo sentían sus grandes amigos y sus

compañeros de letras chilenos. Homero Bascuñán, diez años mayor, poeta nortino también, hijo de minero, fundador de la primera panadería popular de Iquique, lloró sin tregua desde que se enteró a oscuras de que su amigo no vivía más en Antofagasta. Oreste Plath, el primero en reconocerlo como noble poeta en 1929, empezó su amistad cuando a vuelta de correo le agradeció especialmente la gentileza de enviarle sus mejores poemas para publicarlos en su revista "Gong", porque provenían de una "señorita": había firmado Sabella Gálvez y supuso que era una hermosa mujer la que los escribía. Luis Sánchez Latortue, Filebo, admiraba su gusto por las cosas bellas, la pulcritud de su hablar, la ausencia de obscenidad y chocarrería en sus palabras, las metáforas de su vida en-

tidiana y su empuje para tomar partido, militar y amar a los militantes de todas partes. A Andrés Sabella se le detuvo el corazón a solas. Estaba en Iquique invitado para la presentación del libro de su amigo Sergio Arrau. En el bolsillo de su traje tenía un saquito con salitre para el bautizo. Se lo llevó consigo a su posada final.

Es difícil que sus compañeros escritores no recuerden que Sabella fue el primero en acuñar la tradición de bautizar los libros. Al principio manchaba con vino chileno las primeras hojas de la publicación. Ahora los enterraba en la pampa y les vertía salitre para su florecimiento. Sabella fue el poeta chileno que más libros prologó, nunca dejó de ver en medio de las sumas de palabras una frase prodigiosa que ameritaba una buena introducción y una alabanza. Sabella fue el anfitrión de Antofagasta. Ningún escritor puede reclamar que Sabella no lo llevó a comer o almorzar a la orilla del mar ni que lo olvidó al día siguiente en su columna diaria de "Las Últimas Noticias" de la región: "La Linterna de Papel".

Adoraba las gotas. La pintura lo tranquilizaba tanto como mirar el mar y después de sus almuerzos dibujaba de pie dibujos poéticos sobre tarjetas de saludos que decaban "paz y poesía".

El hombre más puro [artículo] Carolina Díaz.

AUTORÍA

Díaz, Carolina, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hombre más puro [artículo] Carolina Díaz. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile